

La dama del perrito

Christopher Domínguez Michael

No soy buen observador. Aunque vivo rodeado de íconos, éstos tienen una significación personal, íntima o religiosa que poco tiene que ver con la imagen. Es frecuente que tarde meses o años en atender la portada de un libro o de un disco, así se cuenten entre los favoritos de la colección.



La fotografía “Fumadora de opio”, del Fondo Casasola y fechada en la Ciudad de México hacia 1935 del siglo xx, no me dijo gran cosa —si es que las imágenes me hablan— hasta que descubrí —o me hicieron ver— que un perrito yace, hurga o duerme en su falda. O será una cola de zorro entrometida en el diván. No lo creo.

Pero acerquémonos a la composición descomponiéndola. El fondo, tras el cortinaje, una especie de cortinaje, que cubriría el camastro, muestra aparentemente un tapiz con una figura masculina, descarnada, expresionista, que muestra unas nalgas más propias del anatomista que del pornógrafo.

La mujer que fuma no me gusta. El rostro, quizás bello, muestra esa brutalidad imbécil del adicto que conozco bien. Es difícil imaginarla posando: ese extravío es verosímil.

Me interesa más imaginar, pues de las imágenes sólo deduzco lo inmóvil —el símbolo— o sus antecedentes, esa narración que culmina en la fotografía, ambos aspectos sin duda intrascendentes para el buen espectador.

Acepto cualquier anécdota costumbrista que pueda narrarse antes de culminar en la imagen. La dama y el perrito como en Chéjov, autor de un cuento imperfectible con ese motivo, son una pareja melancólica que puede verse en cualquier ciudad. Bajo los espejuelos de Chéjov —ya no usaré otros— la dama y el perrito carecen de vida propia.



Fondo Casasola, *Fumadora de opio*, ca. 1930. Sinafo-18241, núm. de inv. 6663

Caminan y hasta se dirigen a un fumadero de opio. Simbolizan a quien los mira, al autor de esa estructura narrativa, quien es, al mismo tiempo quien sufre la historia, la imagen.

Un varón ve irse a la dama del perrito para siempre. Rendido a un costumbrismo que Chéjov hubiera reprobado; no así Gutiérrez Nájera, imagino a la opiómata como una mujer que abandona. Es crudelísima consigo misma, en consecuencia, ninguna forma de mal le es ajena. Su única compañía es el perrito, pues la opiómata es de aquellos monstruos, tan abundantes, que al mostrar su amor por las bestias domésticas, patentizan su execración de la humanidad.

No, naturalmente no contaré la tremebunda historia de cómo el fumadero de opio se volvió refugio consuetudinario de la dama del perrito. Pero la banalidad de mi visión y su consecuencia inmediata —inventar una historia— me dicen mucho acerca de mi pereza visual.

“La dama del perrito”, de Anton Chéjov, cuenta una historia difícilmente aplicable a esta fotografía. Pero como un marco al que le faltaba su marialuís y su imagen, ese cuento ya tiene, en lo que a mí respecta, un símbolo que lo contiene. Ésta es la muy universal dama del perrito. Y hay un hombre que no imagina que esta fotografía, acaso clave de su destino, existe.